

## CRÍTICA DE LIBRO

### HISPANOAMÉRICA EN SUS LÍMITES: A PROPÓSITO DE UNA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA REGIONAL

---

Daniel Kersffeld

*Universidad Nacional Autónoma de México*

¿Es posible trazar la historia de una región a partir de aquellos obstáculos que dificultaron largamente el establecimiento de una mutua mirada entre sus márgenes más distantes? A partir de la escritura del libro *Los extremos de Hispanoamérica*.<sup>1</sup> su autora, María Cecilia Zuleta, nos propone la resolución a esta inquietud con un resultado altamente satisfactorio.

A partir de algunas ideas y premisas clave, este trabajo resultará entonces valedero en un doble sentido: por una parte, y desde un recorrido más bien tradicional y de larga duración, como una mirada en torno a la historia de América Latina desde principios del siglo XIX y prácticamente hasta fines del XX; por otra, puede ser también leído como un esfuerzo por tratar de delinear aquellos elementos que, justamente, permitieron o bien obstaculizaron la compleja y trabajosa construcción de un ideario y de un horizonte

---

<sup>1</sup> Cecilia Zuleta, *Los extremos de Hispanoamérica. Relaciones, conflictos y armonías entre México y el Cono Sur, 1821-1990*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.

de hermandad que, en rigor de verdad, no siempre estuvo presente en el propio desenvolvimiento de la región. Y todo esto, con las obvias dificultades existentes en el hecho de proceder a esta reconstrucción histórica, sobre todo, a partir de la lectura regional efectuada por estos extremos y por su progresiva articulación como condición necesaria para la posterior construcción de una ideología (y, por qué no, también de un sentimiento) de “latinoamericanidad”. Sin caer en naturalizaciones indebidas ni en falsas inmanencias, en principio podemos afirmar que este libro trata sobre los no siempre fructíferos intentos por (re)crear un sentido pleno de latinoamericanidad desde México y el Cono Sur, es decir, desde sus bordes geográficos pero, más aún, desde sus propios límites culturales y políticos.

Con todo, y más allá de los obvios anclajes territoriales, subyace una pregunta, no aclarada por la propia autora, relativa a la cuestión de lo hispanoamericano presente en el mismo título de la obra. Aun teniendo en cuenta las diferencias entre este concepto y aquel otro referenciado en lo latinoamericano, cabe imaginar que en este trabajo la hispano-americanidad reside más bien en un marco de unidad construido en torno a la aleatoria vinculación entre las redes diplomáticas y políticas, más que en una necesidad determinada por la coexistencia de determinadas naciones dentro de un mismo ámbito geográfico y continental. En este sentido, y contra toda creencia forzada en una necesaria hermandad motivada por el solo hecho de la convivencia en un espacio territorial común, el concepto de “hispanoamericanidad” parecería proporcionarle a María Cecilia Zuleta una fluidez y una ductilidad en correspondencia con las firmes intenciones de su investigación. Así, por sobre las afinidades comerciales

y las desavenencias políticas subyace en cambio el territorio común brindado por la lengua y, en general, por la cultura hispanoamericana como un espacio alternativo que ciertamente gana más por sus imprecisiones y por su maleabilidad en contra de aquellas otras determinaciones, mucho más marcadas y, por ello mismo, mucho más rígidas y limitativas originadas en la propia noción de lo latinoamericano.

Mediante la lectura de este trabajo asistimos, por tanto, a un amplio y sinuoso recorrido temporal en el que la política adquiere un relieve destacado, como motor de las siempre complejas relaciones establecidas históricamente entre el país del norte de América Latina y aquellos otros que, como Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, en el extremo sur del continente, se encontraron a una muy amplia distancia (y esto último afirmado no sólo en términos geográficos).

Una tesis recorre toda la obra y le proporciona una impronta sumamente interesante, a contrapelo de aquellas narraciones convertidas hoy en clásicos de la literatura histórica latinoamericana. Y es la idea de que ante la creencia en la existencia de cierto ideario o sentimentalismo latinoamericano constituido con anterioridad a que ésta finalmente pudiera encarnar en los distintos países de la región, como así también frente a aquellos pretendidos augurios teleológicos respecto de un destino último tendiente a la constitución de una ideología o de un sentimiento necesariamente latinoamericanista, lo que finalmente surge en este libro es una propuesta muy diferente. En este sentido, y si por algo destaca este trabajo, es por su énfasis en un latinoamericanismo que no sólo tardaría en cuajar sino que incluso sería prácticamente puesto en duda por la propia especificidad de las relaciones políticas y diplomáticas trabajosamente esta-

blecidas entre los países antes mencionados. Por ello, sería hasta la segunda mitad del siglo xx y, todavía más, durante estas últimas décadas cuando entre México y el Cono Sur quedara finalmente establecida una “agenda latinoamericana”, más allá de los conflictos y rupturas que a partir de entonces pudieran acaecer.

Se trata, entonces, de una historia de búsquedas tanto de desencuentros, de logros y al mismo tiempo de frustraciones. El recorrido que nos propone su lectura, claro está, es sinuoso, nunca lineal, pleno de recovecos, de trazos que se distancian y que un momento más tarde parece que vuelven a fundirse en uno solo. En todo este camino, ni el sentimiento del latinoamericanismo fue expresado de modo natural por los países seleccionados, ni mucho menos existió en todos ellos, ni todo el tiempo, el deseo de recrear dicha ideología como una suerte de designio futuro para el destino de sus propias naciones.

El libro consta de una introducción, una sección de reflexiones finales, una serie de anexos y un cuerpo de texto dividido en 10 capítulos, centrados por entero en la revisión de la historia diplomática y, en general, de las relaciones exteriores de los países mencionados.

Tal como se relata en el capítulo 1, titulado “Relaciones embrionarias”, este largo y trabajoso proceso de mutuo reconocimiento internacional tuvo sus inicios durante el proceso independentista de las primeras décadas del siglo xix. Pese a las invocaciones a una América común como una especie de herencia ancestral surgida de las cenizas del ya caduco imperio hispánico, lo cierto es que este primer momento de búsquedas y de encuentros no resultó plenamente satisfactorio. En este sentido, y aquejados como

se encontraban por las realidades políticas turbulentas, en las que continuamente debían hacer frente a los renovados conflictos sociales y económicos, los inestables gobiernos de estos países todavía en ciernes no demostraron mayor interés por posibilitar el acercamiento diplomático entre el norte y el sur latinoamericano, más allá de algunas misiones emprendidas con desigual éxito entre México y, sobre todo, la cuenca del Pacífico representada primero por Perú y luego también por Chile, a los que incluso se propuso la formación de una confederación de carácter defensivo.

El siguiente capítulo, “Los cimientos: ¿‘la invariable cordialidad’ aun en el conflicto?”, da cuenta de un momento posterior y, ciertamente, de maduración en las relaciones políticas entre México y los países del sur del continente. No se puede desconocer en este proceso el importante protagonismo asumido por la nación azteca, tanto en tiempos de guerra como en épocas de paz. Así, la búsqueda de solidaridad y apoyo en la escena regional fue un elemento de central gravitación en tiempos de la resistencia contra las tropas francesas, y si bien México no pudo cosechar grandes logros en aquellos territorios de la cuenca del Plata, ensangrantados como estaban en la Guerra de la Triple Alianza, pudo en cambio alcanzar un destacado respaldo por parte del gobierno chileno. Posteriormente, fueron sobre todo los liberales mexicanos quienes con más énfasis buscaron vincularse con los gobiernos del Cono Sur desde una firme creencia en la doctrina mercantilista, en boga por aquellos años. Sin embargo, sería ya durante la primera década del siglo xx, en medio de la cada vez más debilitada dictadura de Porfirio Díaz, cuando finalmente estas relaciones diplomáticas alcanzaron su mayor grado de profesionalismo motivado,

en gran medida, por los fastuosos festejos del Centenario, ideados justamente para proyectar la imagen de un México moderno en todo el mundo, y particularmente, en la región.

Desde una mirada retrospectiva, hoy podemos afirmar que fueron los enfrentamientos bélicos, las grandes guerras mundiales y los procesos revolucionarios los que ciertamente coadyuvaron para que de manera progresiva se extendieran los lazos políticos y diplomáticos, cada vez más sólidos y estables, entre los extremos de esta región. Es ésta en definitiva la tesis que sostiene al tercer capítulo, que lleva por nombre “Revolución y guerra, 1910-1918. La vuelta de tuerca en la diplomacia”. Nunca como hasta ese momento la diplomacia pasaría en México a ser considerada un instrumento de primer orden en la búsqueda de legitimación y apoyo por parte de los sucesivos gobiernos revolucionarios y, particularmente, por el ejercido por Venustiano Carranza. Frente a las dificultades para su reconocimiento por parte de las potencias europeas y, fundamentalmente, por Estados Unidos (que incluso llegó a invadir el territorio de Veracruz en 1914) surgieron los países de la Alianza ABC (Argentina, Brasil y Chile) como actores con un peso específico propio dentro de la realidad política continental, más allá de que sus intentos por ejercer algún tipo de influencia en el ciclo revolucionario mexicano finalmente chocaron contra el principio de no intervención erigido como bandera ideológica por la nación azteca. Con todo, fue a partir de entonces que los diplomáticos mexicanos del Cono Sur asumieron un papel básicamente propagandístico del nuevo régimen, dejando atrás en consecuencia los lineamientos formales y protocolares con los que hasta ese momento se habían conducido.

Un cariz distinto tendrá el cuarto capítulo de esta obra: “La política del intercambio comercial, 1890-1940”, donde el acento estará puesto, claro está, sobre el aspecto económico de las relaciones entre estos países. A partir de la lectura de esta sección (tal vez, una de las mejor desarrolladas en todo el trabajo) se puede percibir que incluso hasta después de la primera guerra mundial, la política comercial que signó las vinculaciones entre el norte y el sur latinoamericano fue, en realidad, bastante exigua, limitada tanto por las grandes distancias geográficas, que encarecían notablemente el tráfico de mercadería, como por la tradicional apertura comercial establecida, en el norte, con los Estados Unidos y, en el sur, y especialmente en la cuenca del Plata, con las potencias europeas. Con todo, no se puede negar el esfuerzo desplegado por ambas partes (y sobre todo por México) para brindar un mayor cauce al intercambio de bienes entre estos dos polos regionales. Sería ya durante la década de 1920, una vez estabilizado el proceso revolucionario mexicano, cuando se comenzaron a buscar con mucho éxito nuevas estrategias en la (re)construcción de las relaciones comerciales con el sur del continente, en un esquema político en el que el aparato diplomático comenzaría a desarrollar un papel cada vez más preponderante a partir de su participación en él de funcionarios clave, algunos de ellos provenientes del mundo de la cultura y de las letras, como fue el caso de Alfonso Reyes. La crisis capitalista de 1929, con su particular afectación sobre la realidad latinoamericana, propiciaría en cambio un mayor acercamiento económico y comercial entre México y el Cono Sur, si bien este ciclo sería balanceado y luego revertido por la progresiva adscripción del régimen cardenista en causas populares

y de contenido reformista, al mismo tiempo que por la cercanía de algunos de los gobiernos, como el argentino, con los movimientos conservadores y derechistas. Por último, el dramático episodio de la expropiación y posterior nacionalización del petróleo en México marcaría un nuevo punto de tensión entre los límites de Latinoamérica, motivando ello una actitud claramente contrastante entre los países que, como Chile, finalmente terminaron dando su apoyo a dicha decisión, y aquellos otros que, como Argentina, harían saber su descontento y rechazo frente a tal medida.

“Las relaciones mexicano-conosureñas en cuarto creciente” es el nombre del quinto capítulo, en el que se corroboran algunas de las ideas y tendencias previamente señaladas en la sección anterior. Se da cuenta aquí de la creciente rivalidad entre México y Argentina por ocupar el predominio del escenario político regional, puja internacional que sobre todo resultaría evidente en los años treinta durante la guerra del Chaco, en la que ambos países intervinieron al momento de aportar recomendaciones y soluciones tendientes a su total y completa desactivación. Posteriormente, ambos gobiernos, claro está, junto con sus respectivos cuerpos diplomáticos, mantendrían una renovada y sorda disputa en torno al conflicto de la Guerra Civil española: en este sentido, si el México de Cárdenas adoptó una postura de respaldo al gobierno republicano, en cambio la defensa ejercida por la presidencia argentina de los rebeldes insurrectos motivó un nuevo desencuentro entre estas naciones. Probablemente, nunca como hasta ese momento existió tanta lejanía entre los extremos políticos hispanoamericanos, si bien un creciente comercio de mercancías, como de bienes culturales (libros, cine, etc.), posibilitó

que, frente a dicho distanciamiento, existieran en cambio vasos comunicantes cada vez más amplios y vigorosos.

Los trascendentales efectos políticos y comerciales que sobre la región tuvo la segunda guerra mundial son analizados en el sexto capítulo de este trabajo, titulado “La gran fuerza del cambio en el hemisferio occidental”. En esta sección se puede analizar cómo México, alineado a Washington desde 1942, aprovechó para aumentar su influencia regional convirtiéndose, en cierta manera, en el principal vocero de la prédica aliada y estadounidense para todo el territorio latinoamericano, aunque chocaba contra esta postura el neutralismo antiestadonidense manifestado particularmente por la Argentina, lo cual contribuyó a alejar a estos países durante la segunda guerra mundial. Esta posición, por otra parte, contribuiría también al progresivo aislamiento del gobierno argentino (conducido por su líder en ascenso, el general J. D. Perón) del nuevo orden político y militar que, bajo la clara influencia estadounidense, se estaba terminando de forjar en los tiempos finales de la guerra y que, en cambio, tendría en México a uno de sus actores claramente protagónicos y en constante búsqueda de respaldo por parte de los gobiernos latinoamericanos, como fue el obtenido por el Frente Popular chileno a partir de 1938.

En “El desafío de los tiempos. La ciencia de cómo encontrar y esquivar revoluciones, 1960-1980”, tal como se titula el capítulo 7, se presta particular atención al complejo contexto brindado por la Guerra Fría en América Latina. Fue ésta una época en la que con la finalización de la segunda guerra mundial y a partir de la utilización de un aparato diplomático ya profesionalizado, México estuvo interesado en fijar una distancia un poco mayor respecto del

gobierno estadounidense, planteando en cambio una renovada política de acercamiento con sus pares latinoamericanos. Este nuevo encuentro fue insospechadamente posibilitado por los gobiernos autoritarios y dictatoriales instaurados en el Cono Sur, sobre todo desde los años sesenta, y que a partir de entonces generaron la emigración masiva de políticos, intelectuales y científicos opositores. México pudo recrear de este modo la imagen de “país asilo” que supo forjar durante el periodo cardenista con los refugiados republicanos de la Guerra Civil española, si bien esta política no dejó de generarle complicaciones y cortocircuitos con algunos de los oscuros gobiernos del sur del continente. En tanto que en la octava sección de esta investigación, “Las estribaciones de la Guerra Fría: Malvinas, quien siembra vientos cosecha tempestades”, en clara vinculación con el capítulo anterior, se plantean las repercusiones causadas por el conflicto entre Argentina y Gran Bretaña en el Atlántico sur en 1982. Se da cuenta allí, por tanto, de las medidas adoptadas por México en contra de la guerra y de la política colonialista inglesa, y al mismo tiempo, en reafirmación de la soberanía argentina sobre las islas Malvinas.

Para la elaboración del noveno capítulo de este libro, en el que se encuentra un pormenorizado análisis comparativo de las relaciones económicas entre México y los países del extremo sur de la región, se contó con la colaboración de la economista Mónica Gómez, de la Universidad de Córdoba, Argentina. En efecto, en “El comercio entre México y los países del Cono Sur, siglo xx. Notas y balance” se evidencia cómo las exportaciones e importaciones mexicanas en los mercados sudamericanos fueron variando en su composición, valores, volúmenes y distribución regional,

acentuándose estos intercambios a partir de la cooperación económica en ámbitos como el Alalc y luego el Aladi. Se explica también cómo es que Argentina y Chile se convirtieron en los principales socios comerciales de México a lo largo de todo este último siglo, el primero como vendedor, en tanto que el segundo como comprador de sus productos. Por último, el capítulo 10, “El águila flameante: diplomacia en pos de la integración y el desarrollo 1960-1991”, sirve como un justo cierre para todo este trabajo. Allí se describe cómo las múltiples iniciativas emanadas del gobierno mexicano y de su cancillería, sobre todo durante la década de los ochenta, encontraron una atenta recepción en aquellos países del Cono Sur que, como Argentina, atravesaban el periodo de la transición a la democracia tratando de dejar atrás los gobiernos militares y las graves dificultades económicas producidas como consecuencia de la crisis de la deuda externa.

Las fuentes utilizadas a lo largo de todo este trabajo son de gran variedad y, en cierta medida, su bibliografía prácticamente agota todo el material existente en cuanto a las relaciones de México con el Cono Sur, abarcando también una importante cantidad de trabajos sobre la política exterior de la nación azteca con cada país de América del Sur en particular. Junto a esta amplia y diversa bibliografía se encuentra también un muy importante trabajo de relevamiento de fuentes documentales provenientes de los archivos de relaciones exteriores, principalmente, de México y en menor medida, de Argentina y Chile. Finalmente, es pertinente destacar que esta edición, finamente elaborada por la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, cuenta también con un importante acervo fotográfico cuya inclu-

sión, sin duda, contribuye a realzar todavía más los principales valores de esta investigación, escrita en un tono muy ameno, más cercana al campo didáctico y de la divulgación que al propiamente académico.

Sin mayores complicaciones en su estructura narrativa ni problemas en la exposición de sus principales nudos argumentales, la obra en su conjunto sin embargo se debilita al centrar la vinculación con el Cono Sur a las relaciones puntuales entre México y Argentina, dejando en un segundo plano a Chile y, todavía más, a Uruguay y a Paraguay. En todo caso, se trata de un problema oportunamente advertido por la autora en la introducción de esta obra y, en cierto modo, comprensible si se piensa en el tratamiento ciertamente extenso de la problemática analizada y de las dificultades para la realización de un nivel similar, en cuanto al acceso a las fuentes y a su relevamiento y posterior análisis, en el trabajo de archivo de todos los países aquí tratados. Por lo mismo, creemos que si bien la obra se centra en las relaciones entre los gobiernos de este conjunto de naciones y en la interacción generada entre sus cuerpos diplomáticos, quedará para investigaciones posteriores el análisis de las redes establecidas en otros ámbitos, más o menos vinculadas con las relaciones oficiales y parcialmente tratadas en esta ocasión, como los de la cultura, las letras, el sindicalismo, los movimientos y partidos de izquierda y de derecha, el empresarial, etcétera.

Por todo lo mencionado hasta aquí, podemos concluir que la investigación llevada a cabo por María Cecilia Zuleta resulta altamente encomiable, no solamente por el análisis histórico allí propuesto sino, más aún, por el tono y los alcances de las reflexiones sugeridas a propósito de los

avances y retrocesos sufridos por la identidad latinoamericana desde su conformación a principios del XIX hasta su definitiva consolidación a fines del siglo XX. No dudamos entonces que *Los extremos de Hispanoamérica. Relaciones, conflictos y armonías entre México y el Cono Sur, 1821-1990* pronto podrá convertirse en una verdadera obra de referencia para todos los investigadores e interesados en la historia política latinoamericana y de las relaciones internacionales en general.

